

La grieta

La grieta

CATALINA INFANTE

emecé

1

El día en que nació Antonia, horas antes de irme al hospital, di vuelta desesperada cada cajón de esta casa buscando la medallita de Santa Teresa que guardaba mi madre. Esther era atea, pero por alguna razón creía que Santa Teresa era su guardiana. La usaba cuando tenía miedo de enfrentarse a algunas situaciones, pero ese día yo la perdí. Probablemente cuando nos cambiamos a esta casa con Felipe, la misma en la que viví con ella de niña. Ya en el hospital, en los intervalos de descanso de mis gritos animales, recordé con rabia esa medalla y recordé con rabia a mi madre. Me preguntaba por qué no estaba ahí pariendo conmigo. Son pocos los objetos que tengo de ella, los he perdido casi todos. No suelo perder las cosas, pero las tuyas sí, me abandonan, se extravían de mí, como si todo lo de ella estuviera condenado a

desaparecer. Cuando me preguntan por la medalla, digo: me la regaló mi madre, pero no es cierto, no era de regalarme sus cosas, solo la robé de su clóset meses después de que muriera. Quedaron sus bolsillos atiborrados de papeles, su ropa perfumada, los zapatos cansados, la caja de fotos y postales que escribió desde el exilio. Cada cierto tiempo yo abría ese armario y revisaba todo, daba vuelta las cajas y carteras buscándola a ella, por si se hubiera quedado allí escondida, entre las boletas de cosas que alguna vez compró o la letra de un cheque a medio hacer. En una de esas visitas intrusivas a su memoria tomé la medalla y me la puse. Me hice una promesa que no recuerdo en detalle, pero contenía la determinación de que ese dolor no me definiría, que iba a desaparecer. Y de alguna forma desapareció. Con los años, se fue yendo de mí, al igual que sus objetos.

Cuando Felipe me ve pasear con Antonia en brazos por esta casa, por su pieza que ahora es la nuestra, me pregunta ¿la echas de menos? Nunca sé qué contestarle. A una madre que se muere no se la echa solo de menos, es otra emoción, difícil de nombrar. Quizás en otro idioma exista esa palabra, un conjunto de letras cuyo sonido contenga tal vacío. Solo aprendemos a vivir así, medios

rotos, como si nos hubieran sacado un órgano y en su lugar hubiera quedado un agujero. Te sientes fallada, pero el cuerpo aprende a funcionar, y de pronto la vida te parece normal. Cuando llegué de vuelta del hospital a la casa, sin Santa Teresa, pero con Antonia, ese agujero se hizo más negro. ¿Qué sé yo sobre ser madre? Absolutamente nada. Me hice esa y todas las preguntas mientras Antonia lloraba y la herida del parto dolía profunda y la maternidad me atropellaba desprevenida. Me pregunto a mí misma si la echo de menos y sigo sin saber qué responder. Pongo una foto de ella en el velador para anclarla en la memoria, por miedo a que un día despierte y su recuerdo se haya desvanecido. La miro cuando quiero recordar cómo era tener una madre, que exista alguien en el mundo que te albergue por completo, pero al mirarla recuerdo que esa incondicionalidad no es cierta, jamás existió. Así lo creemos cuando niñas, que esa completitud debe ser absoluta. Pero las madres sabemos que no y habitamos esa distancia en silencio.

La maternidad aterrera, pienso, no fue nunca como nos dijeron que sería. El mundo se cuenta una historia y solo las madres sabemos la otra.

2

Yo quería un parto natural, a oscuras, en cuclillas, con la imagen de mí misma sacando a mi hija ensangrentada para ponerla en mi pecho. Esther me parió así, en un hospital de París, no por opción sino porque la anestesia no era costumbre entre las francesas. Parían y punto, decía. Para mí fue distinto. Después de dos días de contracciones recibí a Antonia acostada en una camilla de metal, tiritando de miedo, con cinco personas devolviendo mis carnes a su lugar.

Hice todo lo que había que hacer. Leí todos los libros especializados, aquellos que decían que el dolor era cultural, los testimonios de mujeres que en el último pujar tuvieron un orgasmo, libros de partos contenidos por doulas que, como diosas griegas, te ayudan en el tránsito de convertirte en madre. Medité, canté mantras, elongué

mi pelvis a diario. Con Felipe planeamos el parto con detenimiento, para sortear todos aquellos obstáculos que podían estresarnos o sacarme de mi camino; quería moverme, gritar, quería a pocas personas, pocas palabras, para que mi oxitocina llenara todo de fuerza y esas cosas que nos prometían en los talleres. Pero no logré dilatarme. Quién puede dilatarse cuando todos esperan que te dilates. El doctor me convenció de las hormonas artificiales y mis contracciones pasaron de aguantables a extremadamente dolorosas. En el último grito que di Felipe me dijo que mi rostro era el de un cromañón y sentí miedo de mi intensidad. El doctor nos dijo que Antonia se había desencajado, que su cabeza golpeaba contra mi pelvis, que no saldría jamás de allí. Y así sentía yo mi cuerpo, cerrado como una almeja terca. A las doce de la noche, después de dos días sin dormir, el anestesista prendió la luz de la pieza como quien dice se acabó el show y me inyectó una aguja desmesurada. Se llevaron a Felipe para vestirlo de verde y me pusieron en una camilla que imitaba la forma de dos brazos extendidos; yo los extendí. ¡No me amarren, por favor!, grité. Nadie tenía la intención de hacerlo. De todas formas, el hecho de tener las cuerdas allí, cerca de mis brazos, hacía de

ese lugar una amenaza. ¿Por qué tiemblo?, le pregunté a la matrona; es la anestesia, respondió, pero era miedo. Las enfermeras conversaban sobre algo estúpido, un doctor contestaba mensajes en su celular y yo sentía rabia de todas aquellas historias que había escuchado en los talleres sobre mujeres a las que les hacían cesáreas sin necesitarlo.

Cuando sacaron a Antonia de mi cuerpo abierto vi su cara hinchada y negra volando y me sentí diminuta ante ella. Cuando la pusieron en mi pecho me miró fijo, con la grandeza de una emperatriz, como penetrando todas las dimensiones de mi ínfima existencia. Luego con Felipe hablaríamos de esa primera impresión y bautizaríamos ese rostro como el de Medusa, con las serpientes en el pelo y nosotros petrificados ante ella. Reptó como un animal, y se colgó —dueña de mi cuerpo— a mi pecho, mientras el doctor sacudía mi piel como si sacara el polvo de una manta. Nos pasearon abrazadas por el hospital, por sus pasillos y ascensores, hasta llegar a una sala transitoria con otra madre en shock. Yo seguía temblando. Fui una niña, pensaba, una niña pariendo. No abrí el sacro sintiendo un aro de fuego en mi vagina, como decían los libros, fui débil, pasiva, despojada de todo poder. Pero quién

soy yo para juzgarme, a mí o a cualquier madre. La mayoría de nuestras decisiones no las tomamos realmente, prácticamente no es nada lo que decidimos.

3

Me siento en el único banco de la plaza que le da sombra, con Antonia apretada en un fular mal puesto. El parque a esta hora está tranquilo, a veces pasean otras madres zombis como yo con sus recién nacidos. Más al fondo, una ronda de señoras vigila a niños pequeños, imagino que sus madres ya han vuelto a trabajar. La dueña de Pimienta, un quiltro policial que se acerca a olerme cada mañana, acaba de ser madre también. Cuando estábamos embarazadas conversábamos en esta misma plaza buscando complicidad en nuestro estado. Hoy, meses después, la veo ojerosa, delgada y con los ojos saltones. Lleva dentro de sí esa adrenalina de los primeros meses, un trance de emergencia en el que entramos las mujeres como si todo se estuviera quemando alrededor. Me cuenta que ha bajado once kilos en cuatro semanas

porque no tiene tiempo para comer. Tampoco duerme, lo sé porque su aspecto es un espejo del mío. Tiene estos escasos diez minutos para pasear al perro antes de que su marido se largue a trabajar hasta que anochezca. Diez minutos que aprovecha para soltarme frases de auxilio: grita todo el día, llora cuando le doy teta, mi leche no es suficiente. Quiero ayudarla, pero yo no estoy mejor. Desde que nació Antonia no he dormido más de tres horas seguidas, me cuesta pensar. Me despido de Pimienta y su dueña, y en ese último sonido de su voz desesperada, Antonia despierta y me pega un grito. Corro nerviosa de vuelta a la casa a adivinar cómo calmar su llanto.

Con Felipe decidimos ocupar la casa de mi madre, la misma en que vivimos juntas, solo que ahora con otros muebles, con otro color de paredes y otra vida. Tenía cierta resistencia a volver, pero Felipe me convenció de que tenía más espacio para nosotros y un patio que hoy en Santiago es imposible de pagar. No pisaba esta casa hacía más de diez años. Después de que murió Esther seguí viviendo un tiempo aquí, le arrendé mi pieza a una chica de intercambio y yo ocupé la suya. Dejé las cosas en su clóset un tiempo: sus zapatos, las pocas carteras, la ropa

que compró antes de morir y no alcanzó a usar. Cerré con llave hasta saber qué hacer con ellas. Nunca pude usar nada porque Esther era más alta y grande que yo. Aun así, cada cierto tiempo, me probaba algo con la esperanza de que espontáneamente se ajustara a mí; el espejo me devolvía un cuerpo pequeño oculto en un disfraz interminable. Cuando terminé la universidad metí su ropa en bolsas y fui a la iglesia de Santa Teresa a donarla. La señora que atendía me dijo que no necesitaban ropa, que era lo que más tenían, y me cerró la puerta con desprecio. De igual forma, bajé las cinco bolsas de basura del taxi y las acomodé en el antejardín de la iglesia, en ese espacio donde esperan los familiares cuando se aburren de la misa. Salí huyendo sin mirar atrás. Luego puse la casa en arriendo y en todo este tiempo no supe más de ella, hasta que me embaracé de Antonia y decidimos volver.

Por la mañana, la madre de Felipe viene a ayudarme y luego paso las tardes en la casa arreglando cosas para hacerla distinta, pero más que nada lavando platos, cambiando pañales, recogiendo el desorden y mirando el celular. Felipe llega temprano del trabajo para cuidar a Antonia, y yo aprovecho para salir a dar una vuelta a la manzana, al

supermercado, a cualquier parte, para recuperar algo de mí que no estoy tan segura de querer de vuelta. Algunas tardes, mientras Antonia duerme, reviso las fotos y postales de la caja de Esther, buscando algo que no sé bien qué es.